

Dependencia y superexplotación

EN EL 2003 se cumplieron 30 años de la publicación de *Dialéctica de la dependencia*,¹ material que dentro de una producción amplia, constituye el trabajo más importante de Ruy Mauro Marini. Este libro, como muchas obras clásicas, ha suscitado desde su aparición múltiples y –no pocas– enconadas discusiones, tanto desde posiciones ajenas al marxismo, como desde el interior de esta corriente.

Tal situación no es casual. *Dialéctica de la dependencia* (*Dd* en adelante) constituye el punto más alto en la explicación de las particularidades como se reproduce el capitalismo dependiente. Las críticas desde fuera del marxismo por lo general se encuentran adscritas a la idea de que el capitalismo latinoamericano puede alcanzar las modalidades de desarrollo del capitalismo central, o por lo menos una forma más “civilizada” (¿más equitativo? ¿más integrado? ¿menos heterogéneo?) que la que presenta en la región, por lo que sus “barbaridades” actuales formarían parte de “atrasos”, “deformaciones” o estadios que serán superados, en la medida que avance justamente el capitalismo. De allí su recurso a términos como “países en vías de desarrollo” u otros similares.

Frente a una obra que le da sustento teórico a planteamientos “radicales” como los formulados por André Gunder Frank en torno a que el capitalismo en la región lleva al “desarrollo del subdesarrollo”,² no es difícil entender el afanoso esfuerzo por desacreditar la cientificidad de los planteamientos de *Dd*.

Desde el marxismo, las críticas se apegan a una ortodoxia mal entendida (por ejemplo, que el análisis de Marini es “circulacionista”, cuando debe predominar la “producción”; que todo cuanto sucede con el capitalismo “real” ya está dicho en *El capital*, por lo que cualquier concepto que allí no se haya desarrollado se convierte en objeto de sospecha). Pero también se encuentran críticos que se apegan a un Marx que el propio Marx desconocería (sea porque se ubican en un premarxismo y/o porque desconocen puntos centrales de esta teoría).

¹ Editorial Era, México, 1973.

² En *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1970.

El fin de este trabajo es una síntesis teórica que permita poner de manifiesto la actualidad de las tesis de *Da* para pensar el capitalismo latinoamericano de nuestros días y su pertinencia para explicar las tendencias fundamentales que lo atraviesan. La exposición tendrá como núcleo central la categoría superexplotación, señalada por Marini como “fundamento de la dependencia” (p. 101) y que ha concentrado los embates centrales en las críticas a *Da*.

Breve contextualización

Desde la década de los cincuenta a mediados de los setenta del siglo xx América Latina vive una etapa de febril producción intelectual. Los debates tienen como uno de sus ejes centrales la caracterización del capitalismo en la región.³ Tras el triunfo de la Revolución cubana en 1959, el aspecto político del debate teórico hizo a éste más intenso. ¿Cómo era posible la revolución en una isla del Caribe en donde se suponía un capitalismo inmaduro y, de acuerdo con la ortodoxia, las fuerzas productivas no estaban desarrolladas al punto de entrar en contradicción con las relaciones de producción?

El camino de respuesta a estos problemas tomó rumbos insospechados. El marxismo latinoamericano, en general anquilosado en interpretaciones mecánicas y evolucionistas de la “sucesión de modos de producción”, no las podía encontrar. La crítica marxista a ese marxismo sólo alcanzará en la región una forma madura hasta los años sesenta.

Con la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), a finales de los años cuarenta, organismo dependiente de Naciones Unidas, se abrió una puerta por donde menos se esperaba. La crisis regional que propició la larga crisis del mercado mundial que va de la primera a la segunda guerra y el derrumbe casi generalizado de los precios de las materias primas que sostenían el patrón agro-minero exportador en la zona, propició en CEPAL la atención por el llamado “deterioro de los términos de intercambio”.

Las mercancías que exportaba América Latina (como parte de la periferia) reclamaban montos mayores para obtener los mismos bienes industriales importados de los países centrales, los cuales se veían favorecidos en el intercambio, en desmedro de los países especializados en la producción primaria. Esta constatación alcanzada de la mano de Raúl Prebisch y de un grupo selecto de economistas (entre ellos, Celso Furtado y Aníbal Pinto), puso en evidencia los errores de las tesis clásicas del comercio internacional, que postulaban que la especialización productiva en bienes sobre los que se tuvieran ventajas comparativas propiciaría el desarrollo de las naciones participantes en tales relaciones comerciales.

³Este debate tuvo una de sus derivaciones en la discusión sobre el carácter feudal o capitalista de América Latina.

Para la CEPAL de aquellos años la solución se encontraba en la industrialización, en tanto este proceso permitiría el progreso técnico para de esta forma revertir o al menos detener la transferencia de recursos de la “periferia” al “centro”.

Desde el marxismo emergerá una corriente que pone a discusión este supuesto, enfatizando que es el capitalismo como sistema mundial el que genera desarrollo y subdesarrollo, tesis que es compartida por las vertientes de izquierda de la CEPAL, en particular del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), organismo dependiente de CEPAL.⁴ Pero se llega más lejos. La industrialización no resolverá el problema, ya que la lógica que orienta el capitalismo dependiente lleva al “desarrollo del subdesarrollo”,⁵ o en palabras de Marini, “el fruto de la dependencia no puede ser [...] sino más dependencia” (*Dd*, p. 18), por lo que aquel proyecto sólo agudizaría los viejos problemas estructurales y crearía otros nuevos. La historia regional terminaría dándole la razón a esta formulación, calificada a lo menos de extremista en su momento.

Pero a pesar de su corrección, esta tesis carecía de sustentos teóricos que pudieran explicar las razones que hacían posible su funcionamiento.⁶ Este es el vacío que termina por resolver *Dd*. En unas pocas páginas, en donde se pintaron “a brochazos” “algunas de las conclusiones” a las que había llegado en su investigación, Marini termina por cerrar un círculo en la definición de las tendencias que rigen la reproducción del capital en las economías dependientes, en el marco del desarrollo del capitalismo como sistema mundial. Sólo eso, pero tampoco menos. Por ello afirmamos en otra parte que es *Dd* la obra en donde se formulan “las bases de la economía política de la dependencia” y de una “teoría marxista de la dependencia”.⁷

⁴ Es aquí en donde F.H. Cardoso y Enzo Faletto escriben *Dependencia y desarrollo en América Latina* Siglo XXI Editores, México, 1969, y Osvaldo Sunkel y Pedro Paz su libro *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo XXI Editores, México, 1970.

⁵ A.G. Frank, *op. cit.* Esta formulación nada tiene que ver con la idea del “estancamiento”, o de la imposibilidad de crecimiento de las economías dependientes, como de manera errónea y reiterada repiten muchos críticos.

⁶ En el ensayo “América Latina como problema teórico” se puede encontrar una crítica a los supuestos teóricos y metodológicos del trabajo de Frank. En mi libro *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana Editores, México, 1995.

⁷ En “El marxismo latinoamericano y la dependencia”, *Cuadernos políticos* núm. 39, México, enero-marzo de 1984 y reeditado aquí como capítulo 5. Para José Valenzuela Feijóo, estos son juicios “ditirámicos” (véase “Sobreexplotación y dependencia”, en *Investigación Económica*, núm. 221, julio-septiembre de 1997, nota a pie, p. 108). Pero los elogios “excesivos” también los realizan otros autores, muchos de ellos en desacuerdo con las tesis de Marini. En un trabajo crítico a *Dd* que se propone “poner obstáculos que cierren las falsas salidas”, igual o más largo que la obra que critican, Fernando Henrique Cardoso y José Serra, señalan que se ocuparán de la obra de Marini, ya que éste “fue sin duda quien presentó un cuadro explicativo más general para dar coherencia a los análisis”, y quien “propuso una ambiciosa teoría para explicar la dialéctica de la dependencia”. En “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, *Revista Mexicana de Sociología*, número extraordinario 78, vol. XL, 1978. La respuesta de Marini (“Las razones del neodesarrollismo”) se encuentra en el mismo número de esa revista, por lo que no nos ocuparemos aquí de aquel trabajo.

La superexplotación del trabajo en el marxismo

La superexplotación apunta a dar cuenta de una modalidad de acumulación en donde de manera estructural y recurrente se viola el valor de la fuerza de trabajo. Es una categoría que no aparece en *El capital*, lo que provoca reticencias de muchos críticos a *Dd*

Para comprender su significación *en tanto categoría que busca dar cuenta del aspecto central de la reproducción del capital en el capitalismo dependiente*, esto es, dentro de formaciones económico-sociales específicas gestadas por el funcionamiento del capitalismo como sistema mundial, es necesario partir de una cuestión metodológica elemental: la existencia de distintos niveles de abstracción y de unidades de análisis en el marxismo, a saber: modo de producción, modo de producción capitalista, sistema mundial, patrón de reproducción del capital, formación económico-social y coyuntura.

Cada uno de estos niveles, en tanto unidades que van de la mayor a la menor abstracción, si bien forman parte de un sistema conceptual y categorial interrelacionado, reclama de conceptos específicos, porque se abocan a problemas particulares.

En *El capital* tenemos los elementos centrales que definen el modo de producción capitalista, en donde destacan las nociones de plusvalía (forma que asume el producto excedente en una organización societal definida por la relación capital-trabajo asalariado), y la tendencia descendente de la tasa de ganancia.

Las categorías y relaciones de aquella obra constituyen el punto de partida para analizar la organización de las unidades de análisis menos abstractas (o más concretas), *pero no las agotan*. De allí la necesidad de nuevas categorías para abordar el análisis del sistema mundial capitalista, los patrones de reproducción del capital, las formaciones económico-sociales y la coyuntura.

Nociones como imperialismo y dependencia (o “centros” y “periferias” en el antiguo lenguaje cepalino), o intercambio desigual, por ejemplo, ofrecen herramientas para el análisis del sistema mundial capitalista y las diferencias y heterogeneidades en materia de formaciones económico-sociales que genera el capitalismo en este nivel de análisis.

La noción de superexplotación explica la forma como en las economías dependientes se reproduce el capital, en el marco del desarrollo de dicho sistema. Su tratamiento, como el del imperialismo o las categorías para el análisis de coyuntura, no las encontraremos en la obra mayor de Marx, porque las unidades de análisis que ellas expresan no es el que se aborda en *El capital*.

La discusión de si el capitalismo reclama en las regiones dependientes la violación del valor de la fuerza de trabajo para funcionar, como lo postula

Ruy Mauro Marini,⁸ exige responder a las razones por las cuales Marx, en su análisis en *El capital*, no desarrolla este problema. ¿Ello es así porque este proceso no puede producirse?, ¿es una decisión asumida a partir de considerar qué constituye un fenómeno irrelevante?, ¿o, simplemente, porque el nivel de abstracción aplicado en el análisis exige no contemplarlo?

Los supuestos en el análisis de El capital

Todo parece indicar que lo último es lo correcto. Son muchos los señalamientos en donde Marx manifiesta su atención por el problema. Ya en el tomo I, editado y publicado en vida del autor, Marx indica que “hacer *descender el salario del obrero por debajo del valor de la fuerza de trabajo*”, es un “método, que desempeña un papel muy importante en el movimiento real de los salarios” y que “queda excluido” de sus consideraciones “por una razón: porque aquí partimos del supuesto que las *mercancías*, incluyendo entre ellas la fuerza de trabajo, se compran y venden siempre por todo su *valor*”.⁹

El análisis del “capital en general” obliga a dejar de lado consideraciones que en el terreno *histórico* pueden jugar papeles significativos. Pero aparece como el único camino que permita alcanzar el núcleo interno que organiza la economía política capitalista, al fin que “la transformación del dinero en capital ha de investigarse a base de leyes inmanentes al cambio de mercancías, *tomando, por tanto, como punto de partida, el cambio de equivalentes*”.¹⁰ Y, a pesar de ello, el capital logra obtener un plusvalor, dada la diferencia entre el valor creado por la fuerza de trabajo en su utilización, es decir, puesta a trabajar, y su valor de cambio.

En el plan de trabajo de Marx, el paso a niveles más concretos de análisis (por ejemplo, aproximarse a situaciones en donde algunos de los supuestos considerados no se cumplen, pero ahora con elementos teóricos para comprender por qué no se cumplen), estaba contemplado. Así señalaba en 1857¹¹ la redacción de seis libros,¹² en donde en el primero se analizaría el capital en general, la sección sobre la competencia, la sección sobre el sistema crediticio y la sección sobre el capital accionario.

Para 1866 la obra se ha reducido a cuatro libros, los tres de *El capital* que conocemos, más un cuarto conformado por los tres tomos de las *Teorías sobre la plusvalía*. Si en los dos primeros libros de *El capital* el análisis se mueve

⁸ Véase su *Dialéctica de la dependencia*, Editorial Era, México, 1973.

⁹ Marx, *El capital*, t. 1, p. 251 (últimas cursivas del autor).

¹⁰ *Ibidem*, p. 120 (primer cursivas del autor).

¹¹ Plan esbozado por Marx al final de la Introducción de 1857. Véase *Crundrissse*, Siglo XXI Editores, México, 1971, t. 1, pp. 29-30.

¹² Ellos eran: el libro del capital; el de la propiedad de la tierra; el del trabajo asalariado; el libro del Estado; el del comercio exterior y el libro del mercado mundial y de las crisis.

en torno a la abstracción del capital “en general”, en el tercero “se incluyen también [...] los temas de la competencia, del crédito y del capital accionario [...] aunque no [...] en la medida en que se lo había propuesto Marx inicialmente”.¹³

Ello explica, por ejemplo, que en ese tercer libro de *El capital*, a pesar de que ya se consideran diferencias entre valores y precios (asunto que no se hace en los libros I y II), se señale que si bien la reducción del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo es “una de las causas más importantes que contribuyen a contrarrestar la tendencia decreciente de la cuota de ganancia”, el problema no se analiza y sólo se cita “empíricamente, [...] puesto que [...] como tantas otras cosas (...) *nada tiene que ver con el análisis general del capital*, sino que se relaciona con el *problema de la concurrencia, que no se estudia en esta obra*”.¹⁴

Como queda en evidencia, el hecho que por el nivel de abstracción en que se mueve el análisis en *El capital* no se aborde el tema de la violación del valor de la fuerza de trabajo, ello no significa que el fenómeno fuese desconocido por Marx o que lo considerara un asunto irrelevante. Muy al contrario, los límites que se autoimpone por razones de método, a fin de desentrañar la lógica que organiza, articula y reproduce la economía burguesa, lo llevan a no analizar el problema.

Estos límites ya no existen cuando en niveles más concretos de análisis, y en particular, cuando se considera el sistema mundial capitalista, es necesario distinguir las particularidades entre economías que funcionan como centro del sistema, de otras que operan como semiperiferias y dependientes (o periféricas, en el lenguaje de la CEPAL de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado).

En definitiva, el nivel de historicidad y de aproximación a realidades más concretas (como las consideradas por Marx en su plan de trabajo de 1857, y que no alcanzó a escribir, referidas, por ejemplo, al comercio exterior o al mercado mundial) requieren de la consideración de procesos que antes, a pesar de conocer su importancia, eran dejados de lado, *pero que ahora se convierten en elementos sustanciales para dar cuenta de los problemas abordados*.

En esa lógica es que Marini postula que “el fundamento de la dependencia es la superexplotación del trabajo”¹⁵ (nombre que otorga al proceso de violación del valor de la fuerza de trabajo). Con ello postulaba *la tesis más significativa generada hasta hoy para identificar el núcleo central cómo se reproduce el capitalismo dependiente*.

Esta tesis no niega la existencia de superexplotación en las llamadas economías centrales, sea de manera coyuntural, sea en tiempos de mayor dura-

¹³R. Rosdolsky, *Génesis y estructura de El capital de Marx*, Siglo XXI Editores, México, 1978, p. 69.

¹⁴Marx, *El capital* t. 3, p. 235 (cursivas del autor).

¹⁵R.M. Marini, *Dialéctica de la dependencia*, Editorial Era, México, 1973, p. 101.

ción. La diferencia radica que en las economías dependientes esa modalidad de explotación se encuentra en el centro de la acumulación. No es entonces ni coyuntural ni tangencial a la lógica como estas sociedades se organizan. Y alcanza sentido en tanto se analiza el capitalismo como sistema mundial, que reclama transferencias de valores de las regiones periféricas al centro y que las primeras, como forma de compensar dichas transferencias, terminan convirtiendo parte del “fondo necesario de consumo del obrero” en un “fondo de acumulación de capital”,¹⁶ dando paso a una forma particular de reproducción capitalista y a una forma particular de capitalismo, el dependiente.

Explotación y superexplotación

La superexplotación, en tanto violación del valor de la fuerza de trabajo, *no implica mayor explotación*. Ésta ha sido otra de las piedras en la que han tropezado muchos críticos de la superexplotación. La noción de explotación en el capitalismo remite al problema de la apropiación por parte del capital de un producto excedente gestado por los trabajadores. La gestación de ese producto excedente se da por la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor producido más allá de aquel valor. O, dicho de otra manera, por la existencia de un trabajo excedente más allá del tiempo de trabajo necesario.

El incremento del producto excedente puede darse de múltiples maneras: prolongando la jornada de trabajo; elevando la productividad del trabajo y reduciendo el tiempo de trabajo necesario; intensificando el trabajo; apropiándose el capital de parte del fondo de consumo (o de parte del tiempo de trabajo necesario) para convertirlo en fondo de acumulación.

A esta última modalidad es la que Marini llama superexplotación. Remite por tanto a *una forma de explotación en donde no se respeta el valor de la fuerza de trabajo*. Y ello, como hemos visto –véase en el capítulo 2 de este libro el apartado sobre Dimensiones en el análisis del valor de la fuerza de trabajo, p. 44– puede darse de manera directa sobre el valor diario, vía salarios. O bien de manera indirecta, vía prolongaciones de la jornada o intensificación del trabajo, que aunque vayan acompañadas de aumentos salariales, terminen afectando el valor total de la fuerza de trabajo y de allí a su valor diario.

En este cuadro es que deben leerse ciertas frases en el trabajo de Marini en donde la superexplotación es asimilada a “mayor explotación del trabajador”

¹⁶ Reforzando las consideraciones metodológicas y de abstracciones que hemos señalado anteriormente, Marx señala aquí que “al estudiar la producción de plusvalía, partimos siempre del supuesto de que el salario representa, por lo menos, el valor de la fuerza de trabajo. Sin embargo, en la práctica la reducción forzada del salario por debajo de este valor tiene una importancia demasiado grande...” *El capital*, t. 1, p. 505 (cursivas del autor).

(*Dd*, p. 23, por ejemplo). Su señalamiento, visto el contexto general de los planteamientos en *Dd* es a diferenciar entre una explotación que se apoya en el “aumento de la capacidad productiva”, lo que puede alcanzarse respetando el valor de la fuerza de trabajo y propiciar mejores salarios y mayor consumo (que predomina en el mundo “central”), de las formas de explotación que se sustentan en la violación del valor de la fuerza de trabajo (que predomina en el mundo dependiente), como veremos en un par de puntos más adelante.

Valor de la fuerza de trabajo y lucha de clases

Es sobre las bases objetivas que definen el valor de la fuerza de trabajo¹⁷ que puede entenderse el papel del desarrollo de la lucha de clases en la determinación de los salarios, al igual que son la plusvalía y su transfiguración en ganancia y en ganancia media, en la concurrencia, los elementos clave para comprender la disputa entre capitales. En definitiva, *no es la lucha de clases la que determina el valor*; sino que es éste el que define el eje en torno al cual se desarrollará la lucha de clases.

Visto en una perspectiva general, *el problema que Marx busca resolver es la definición de las bases objetivas que explican la lucha de clases en el capitalismo*, y no al revés, que la lucha de clases explique los problemas que hay que investigar. Por este último camino quedamos atrapados en un callejón sin salida: la lucha de clases lo terminaría explicando todo; pero, ¿qué explica la lucha de clases?, ¿cuáles son sus determinaciones en el capitalismo?

A partir de esto podemos entender el error de quienes sostienen que un descenso en los salarios, *de la forma que sea*, implica un descenso del valor de la fuerza de trabajo.¹⁸

Hemos visto que sólo por la vía de incrementos en la productividad de los bienes-salarios y el descenso del valor y de los precios de estos bienes, se puede lograr un descenso en el valor de la fuerza de trabajo, en proporción al peso de estos bienes en aquel valor. Pero un descenso salarial propiciado por otros efectos (como por la fuerza alcanzada por el capital en la lucha de clases, lo que

¹⁷ Tema que hemos desarrollado en el capítulo 2 de este libro.

¹⁸ Como lo sostiene Valenzuela Feijóo cuando indica: “¿Qué sucede cuando *vgr* el salario real de tendencia se cae? [...] ¿Tenemos que hablar aquí de sobreexplotación? En nuestra opinión, no lo debemos hacer. Lo que sí corresponde es hablar de un *descenso en el valor de la fuerza de trabajo*, de una *redefinición* hacia abajo y por la vía de la reducción salarial, de ese valor”. *op. cit.*, p. 113 (últimas cursivas del autor). En Marx el camino va en la dirección contraria a la que postula Valenzuela Feijóo. No es el salario el criterio para determinar el valor. Si así fuese, no se entiende todo el trabajo de Marx para ir más allá del mundo inmediato (el mundo donde los valores se transfiguran en precios y el valor de la fuerza de trabajo en salario) y adentrarse en la tarea de precisar una teoría del valor. Aquello no sólo no tiene nada que ver con Marx, ni siquiera con la economía clásica premarxista.

le permite “imponer” descensos salariales), sólo nos está poniendo de manifiesto condiciones a través de las cuales el capital termina violando el valor de la fuerza de trabajo.

Si la productividad del trabajo es más elevada en los países imperialistas (o centrales)¹⁹ es lógico suponer que ella también se extiende a las ramas productoras de bienes-salarios, con lo cual el valor de la fuerza de trabajo y los salarios en esos países y regiones debieran ser más bajos que en los países dependientes. Lo curioso es que ocurre exactamente lo contrario. ¿Ello se explicaría porque la lucha de clases es más exacerbada en los primeros que en los segundos? Ciertamente, como lo hemos señalado en páginas anteriores, la respuesta no se encuentra en ese nivel.

Diversas modalidades del capitalismo

En los países y regiones imperiales el capital se reproduce de una manera particular. En un determinado momento de su desarrollo debieron incorporar de manera activa a los trabajadores a la realización, esto es, generaron una modalidad de capitalismo donde parte sustantiva de su producción se dirige al mercado interno y en donde los asalariados juegan un papel relevante. No es que los capitalistas del mundo central fueran más civilizados o tuvieran más ética a la hora de tomar estas decisiones. El problema, a este nivel, se remitió a que necesitaban mercado interno para la enorme producción que la elevación de la productividad generaba, por lo que debieron crear las condiciones para *incrementar la explotación y, al mismo tiempo, elevar el consumo de los asalariados*. Eso se puede lograr por la vía de elevar la productividad del trabajo en general y desde allí, abaratar los bienes-salarios en particular, con lo que reducen el tiempo de trabajo necesario y se amplía el tiempo de producción de plusvalía.

¹⁹Valenzuela Feijóo aquí nuevamente se equivoca, afirmando que Marini sostendría lo contrario (*op. cit.*, p. 109). Su soporte es una frase aislada, tomada del *post scriptum* que acompaña a *Dd* que dice, considerando más líneas, que “la superexplotación no corresponde a una supervivencia de modos primitivos de acumulación de capital, sino que es inherente a ésta y crece correlativamente al desarrollo de la fuerza productiva del trabajo” (*Dd* p. 98). La frase está inscrita en la discusión de Marini con F.H. Cardoso, quien postula que la superexplotación se identifica con la plusvalía absoluta, y en tanto el capitalismo industrial se sostiene en la plusvalía relativa, “por significativa que sea (la) importancia histórica (de la superexplotación), carece de interés teórico” (*Dd* p. 92). En ese cuadro Marini argumenta que, particularmente *en el capitalismo dependiente*, las fórmulas de la plusvalía relativa propician superexplotación, *al favorecer la productividad la intensificación del trabajo*. En esto sigue a Marx quien señala que la intensidad del trabajo permite imponer “un desgaste mayor de trabajo durante el mismo tiempo”, “tupiendo más densamente los poros del tiempo de trabajo” (Marx, *El capital*, t. 1, pp. 336-337). Basta leer el conjunto de *Dd* para constatar la descontextualización que realiza Valenzuela Feijóo de la posición de Marini. Tampoco se entiende que un investigador serio, apoyado en fórmulas que no terminan de tapar los errores teóricos, festeje su “descubrimiento” de que “Estados Unidos es una economía dependiente y Nicaragua una potencia dominante” (p. 112).

Ese paso en el capitalismo central estuvo marcado por las revoluciones tecnológicas que se gestan en su seno –proceso que requirió de acumulaciones en donde no son ajenas las transferencias de metales preciosos de la periferia al centro– así como de la activa incorporación de América Latina al mercado mundial como región productora de alimentos, lo que abarató elementos del capital variable e incidió en la reducción del tiempo de trabajo necesario en las economías centrales, al tiempo que las exportaciones regionales de materias primas operaban en abaratar el capital constante.

De esta forma América Latina ayudó a que el capitalismo central lograra resolver la ecuación de elevar la tasa de explotación acompañada de una elevación de los salarios; resolver problemas de realización, ensanchando su mercado interno con la incorporación creciente de su población trabajadora al mercado; y contrarrestar las tendencias a la caída de la tasa de ganancia.

En ese marco estructural es que se da la lucha de clases en esas regiones, a lo que habría que agregar la permanente transferencia de recursos de las regiones dependientes al mundo central, proceso que presenta modalidades diversas en diferentes momentos históricos.

Como bien señala Marini, mientras la inserción de América Latina al mercado mundial en el siglo XIX coadyuvó a generar los efectos antes señalados en el mundo central, sus resultados al interior de la región fueron diametralmente distintos (*Da'* pp. 23 en adelante). Al contar desde la etapa colonial con una economía volcada al mercado exterior, hecho que se profundiza tras los procesos de independencia y con mayor fuerza en la segunda mitad del siglo XIX (conformándose el patrón o modelo agro-minero exportador), el capital latinoamericano contó con todas las condiciones objetivas para agudizar al máximo la tensión que enfrenta el capital de buscar explotar al máximo a los trabajadores, a la hora de la producción, y esperar que cuenten con salarios suficientes a la hora que esos productores, en la segunda fase de la circulación, se deben convertir en consumidores, para participar en la realización de la plusvalía.

Aquí ya se hacía presente un primer factor objetivo para poner en marcha los mecanismos de la superexplotación. Los trabajadores locales no constituían un factor fundamental en la realización, ya que el grueso de la producción iba destinado a otros mercados, ubicados en Europa y Estados Unidos de manera preferente.

A este primer factor se une otro: la transferencia de valores y el intercambio desigual entre unas y otras economías, dada la diferencia de productividad (y sobre esto, además, de fuerza en el mercado mundial), buscó ser compensado por el capital en las economías dependientes por el fácil expediente de apropiarse de parte del “fondo de consumo” de los asalariados, para convertir-

lo en “fondo de acumulación”. Con ello se hacían presentes las condiciones objetivas para gestar una modalidad de capitalismo, el dependiente, que termina haciendo de la superexplotación un motor clave de su reproducción, proceso que termina expresándose en la fractura de su ciclo del capital, al gestar un aparato productivo que se divorcia de las necesidades de consumo de la población trabajadora.

Es sobre estos cimientos estructurales que se desenvuelve la lucha de clases en la región y desde donde pueden leerse los diversos proyectos (o patrones) de reproducción presentes en la historia posterior de América Latina, los cuales se reorientan en algún grado en los primeros pasos del llamado modelo de industrialización, con la gestación de ramas que privilegian el mercado interno y la débil incorporación de asalariados a dicho mercado (en un mercado mundial trastocado y en crisis por los efectos de la primera guerra, la crisis de 1929 y la segunda guerra), para volver a agudizarse la ruptura en las últimas décadas del proyecto industrializador, hasta llegar a nuestros días, con la gestación de un patrón de reproducción que tiende a privilegiar los mercados externos y el mercado interno alto, con lo que se vuelve a reiterar, bajo nuevas condiciones, la brutal fractura entre lo que se produce y para quiénes, y las necesidades del grueso de la población local.²⁰

Ante esta situación, no es difícil entender el malestar de ciertos críticos, que quisieran ver un capitalismo más civilizado o menos salvaje en el mundo dependiente y en América Latina en particular, o que creen posible que éste se hará presente en algún futuro no lejano.²¹ Pero allí los deseos chocan con la realidad.

Pensar que los capitalistas que hegemonizaron estos procesos en América Latina podrían haber actuado de maneras distintas a las aquí resumidas es olvidar las determinaciones objetivas en las cuales se enmarcan las acciones de las clases. ¿Por qué no iniciaron procesos de industrialización en el siglo XIX? ¿Por qué no llevaron a cabo revoluciones industriales y posteriores

²⁰Estos son los temas centrales abordados en los puntos 1 (Integración al mercado mundial) y 2 (El secreto del intercambio desigual) en *DLA*. A este último punto Valenzuela lo califica como “un follón teórico descomunal”, al cual “más vale olvidar”, ya que le es “imposible desenredar”. Curiosa forma de discutir: lo que no se entiende se descalifica. Bastaría regresar a la discusión de Cardoso-Serra y Marini, citada en nota 7, donde se encuentra una extensa crítica y réplica aclaratoria sobre el tema. Pero las descalificaciones se comprenden cuando Valenzuela Feijóo afirma que el investigador sólo debe “recoger” datos, establecer “promedios ponderados”, constatar la caída de salarios y con ellos dar por sentado el descenso del valor de la fuerza de trabajo. Los datos están dados, sólo basta “recogerlos”. Además, con algunas sofisticaciones estadísticas los problemas quedan resueltos. Todo huele a un empirismo de una ingenuidad extrema. Extraño en un investigador que teoriza y que cuenta con una formación sólida, no sólo en economía política.

²¹Los planteamientos de F.H. Cardoso y J. Serra se ubican claramente en esta perspectiva, *op. cit.* Sus prácticas en las tareas gubernamentales que llevan a cabo en Brasil en años posteriores (el primero como Presidente y el segundo como secretario de Hacienda), terminan por confirmar lo anterior.

gastos en la búsqueda de innovaciones tecnológicas? ¿Por qué no incorporaron a los trabajadores al consumo y ampliaron el mercado interno vía mejores salarios?

Si no lo hicieron y no lo siguen haciendo, no es porque fueran (o sean) menos civilizados que sus pares en Estados Unidos y en Europa. No es porque desconocieran (y desconozcan) fundamentos de economía y teorías del desarrollo. Actuaron y actúan en la racionalidad que impone la lógica de la reproducción del capital en circunstancias determinadas.

Al contar con mercados externos para la producción de plátano, azúcar, salitre o estaño, no había elementos que los llevaran a inventar o crear industrias en el siglo XIX. Si en aquellos mercados resolvían la venta principal de sus productos, ¿qué podía impulsarlos a producir otros bienes-salarios para ampliar el mercado interno? Si sus trabajadores no participaban de manera central en la realización, ¿a título de qué –que no sean supuestos imperativos morales y religiosos– iban a elevar salarios?

Si trasladamos estos interrogantes a la situación actual las respuestas caminarán en la misma dirección.

A modo de conclusión:
superexplotación y totalidad

En los esfuerzos por intentar explicar el atraso y el subdesarrollo latinoamericano, las corrientes de los más variados signos coinciden en un aspecto: ofrecen elementos dispersos que nunca terminan de integrarse en algún esquema interpretativo.

La lista de factores en estas diversas corrientes que caracterizan y/o propician el subdesarrollo puede ser larga: débil crecimiento, falta de equidad; polarización social; bajos salarios; enorme población excedente; elevados rangos de pobreza y miseria; insuficiente capacitación de los recursos humanos; mercados internos débiles; pobre desarrollo tecnológico; ausencia de empresarios emprendedores; inversiones insuficientes; heterogeneidades estructurales; ausencia de profundas reformas en el campo; falta de integración productiva; carencia de instituciones sólidas; corrupción, etcétera.²²

Por lo general, en las visiones que recogen uno o varios de los elementos antes enunciados, nunca aparecen los factores que expliquen las razones del porqué América Latina presenta estas (u otras) características. Mucho menos

²²Muchos de estos elementos se hacen presentes en los “diagnósticos” de organismos internacionales, como la nueva CEPAL, adscrita al pensamiento neoestructural. Para una visión crítica de los supuestos teóricos y metodológicos de esta corriente, véase el capítulo 6 de este libro.

los procesos que podrían revertir lo que se consideran tendencias antidesarrollo. En el fondo nada de eso se puede lograr porque estos diagnósticos presentan una aguda carencia de explicaciones teóricas, que primero den cuenta de lo que existe, y más tarde se pregunten cómo –a partir de las tendencias que predominan y de lo que ocurre– modificar el estado de cosas imperante.

La ausencia de teorizaciones se suple por lo general con el traslado mecánico de algún modelo de desarrollo construido a partir de la experiencia de uno o varios países centrales y/o algunos “emergentes”, y a partir de allí se constatan las “desviaciones”, las “distorsiones” o las “insuficiencias”. Desde ese punto de partida, todo se reduce a encuadrar la realidad al modelo propuesto. Pero como la realidad se comporta con otras lógicas, mal para la realidad, al fin que el modelo –generalmente acompañado de más o menos sofisticadas fórmulas–, está lógica y racionalmente construido.

Desde el marxismo las cosas no caminan mejor. O se repiten fórmulas a un nivel de generalidad válidas para toda economía capitalista en algún momento, como debilidades o crisis en la acumulación, caídas de la tasa de ganancia, desproporción entre sectores, etcétera, o bien el listado de elementos se hace con lenguaje “marxista”: débil desarrollo de las fuerzas productivas; baja composición orgánica del capital y baja productividad; reducción de salarios; acrecentamiento del polo de la riqueza frente al polo de la miseria; expansión del ejército industrial de reserva, etcétera. Las razones del porqué se presentan estos procesos y fenómenos brillan por su ausencia. Mucho más la integración de las mismas en un esquema que no sea la repetición de lo que *El capital* establece. La “teoría”, así asumida, nunca termina por integrarse con la realidad que intenta explicar.

A partir de la propuesta teórica formulada por Marini en *Dd*, que gira en torno a la noción de superexplotación, el proceso histórico que ha dado vida a la forma particular de reproducción del capital en el capitalismo dependiente alcanza un nivel de integración que no alcanzan otros esquemas interpretativos, permitiéndonos comprender sus movimientos y periodos, a la luz de las tendencias presentes en el sistema mundial capitalista, como de manera apretada hemos bosquejado en páginas anteriores.

Frente al desarme teórico y a la especialización fragmentaria que prevalece en escuelas, facultades y centros de investigación en economía y de las ciencias sociales en general, alimentada por el auge de vertientes neoclásicas y neoestructurales, las propuestas teórica y metodológica de *Dd* camina a contracorriente. Su radicalismo no es sino la reconstrucción, en el plano del conocimiento, de una realidad porfiadamente radical.

Bibliografía

- CARDOSO, F.H. y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1969
- y J. Serra, "Las desventuras de la dialéctica de la dependencia", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 78, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 1978.
- FRANK, A.G., *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1970.
- MARINI, R.M., *Dialéctica de la dependencia*, Editorial Era, México, 1973.
- , "Las razones del neodesarrollismo", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 78, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1978.
- MARX, C., *El capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946, séptima reimpresión, 1973.
- OSORIO, J., *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana Editores, México, 1995.
- SUNKEL, O. y P. Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo XXI Editores, México, 1979.
- VALENZUELA FEIJÓO, J., "Sobreexplotación y dependencia", *Investigación Económica*, núm. 221, Facultad de Economía, UNAM, México, julio-septiembre de 1997.